

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

DOROTEO FONSECA.

TOMO IV. — NUMERO 3.

SUMARIO:

- I. Discurso de Recepción, por Francisco Martínez Suárez — II. Contestación al discurso anterior, por Abraham Chaverria — III. A La Juventud Hondureña (poesía), por Josefa Carrasco — IV. Atenuación de los virus y vacuna de cabra, por Rafael E. Chaves — V. Balada de la mosca (poesía), por Manuel Puga y Acal — VI. Punesto vicio, por Vicenta Laparra de la Cerda — VII. A Nélea (poesía), por M. Meel — VIII. Carlos Gil, por F. A. Gumbor — XI. De M. Quém, por Rubén Rivera — X. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Franklin núm. 14.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL. CALLE DE HIDALGO.

Junio de 1892.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarría.
1 ^{er} Vocal	„	Francisco Espinal.
2 ^o	„	Doroteo Fonseca.
Fiscal	„	Juan Mena.
Tesorero	„	Adrián García.
1 ^{er} Secretario	„	Juan Gomar.
2 ^o	„	Fermín Bayona

SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D.	Francisco Dueñas.	Dr. D.	Fidel A. Novoa.
„ „	Francisco Martínez Suárez.	„ „	Guadalupe Ramírez.
„ „	Miguel Dueñas.	Br. „	Lisandro Blandón.
Br. „	Rafael E. Cháves.	„ „	Francisco Gutiérrez.
„ „	Víctor M Jerez.	„ „	Nicolás Leiva.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Lic. D.	Manuel Diéguez.	Dr.	„ Rubén Rivera.
Br.	„ Salvador Flamenco.	„	„ Abraham Rivera.
„	„ Adolfo Castro.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	„ Baltasar Parada.	„	„ Carlos A. Imendia.
Dr.	„ Simeón Eduardo.	„	„ Anselmo Valdés
„	„ Carlos Dárdano.	„	„ Ismael Cerna.
„	„ Ramón P. Molina	„	„ Juan J. Laínez.
„	„ David A. Payés.	„	„ Esteban C. Roque.
„	„ Horacio Rómulo Jarquín.	Br.	„ Nazario Salaverría.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Abraham Chavarria—Director,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO IV |

SAN SALVADOR, JUNIO DE 1892.

| **NUM. 3.**

DISCURSO

pronunciado por el señor doctor don Francisco Martínez Suárez, en el acto público de su recepción como socio activo de "La Juventud Salvadoreña", el día 3 de abril del corriente año.

LA MOVILIZACIÓN DE LOS CAPITALES

es causa poderosa del progreso
de las naciones.

Señores:

Lleno de legítima satisfacción me siento en este acto, en que la sociedad científico-literaria "La Juventud Salvadoreña" me recibe cariñosa en su seno, sin ningún mérito de mi parte y debido únicamente á la benevolencia de tan apreciable Corporación, á la cual cubre ya una auréola brillantísima de altos merecimientos, que forman verdadera gloria de la patria Centro-Americana.

Yo os doy, jóvenes distinguidos, en cambio de la honra que me habeis dispensado, lo único que poseo: mi más entusiasta

admiración por vuestras elevadas dotes de inteligencia y de sabiduría, y por los esfuerzos que habeis hecho en esta privilegiada región del nuevo mundo, por el progreso de las Ciencias y Bellas Letras, que constituyen, sin disputa, el sólido pedestal de la civilización.

Hay en el extenso campo de los conocimientos humanos, una ciencia que, desconocida por los sabios de la antigüedad, ha aparecido últimamente como un conjunto sistemado de doctrinas, en virtud de la renovación científica que se viene operando desde el pasado siglo: la Economía Política, que está llamada á hacer la felicidad de los hombres, proporcionándoles los medios indispensables para conseguir su perfeccionamiento; y, por tanto, debe ocupar la atención de todos aquéllos que deseen contribuir de una manera segura al engrandecimiento social. Por esto, aunque com-

prendo mis escasas aptitudes, he escogido un punto importantísimo de aquella ciencia, para tratarlo en este incorrecto trabajo, que, con el temor del neófito, someto á vuestra indulgente consideración.

La movilización de los capitales es causa poderosa del progreso de las naciones.

Según la opinión de los economistas, todos los objetos de la naturaleza poseen la capacidad de satisfacer las necesidades humanas, lo que se llama, en el lenguaje científico, utilidad; pero para ello es preciso que el hombre por medio del esfuerzo de sus facultades les dé cualidades apropiadas y los convierta en productos, los que, acumulados, toman el nombre de riqueza, y de capitales cuando se destinan á una nueva producción.

La humanidad puede ser considerada por la ciencia económica en dos períodos bien marcados: en su estado primitivo, ó sea en su infancia, y en el de civilización. En el primer caso, falta de conocimientos, se vale sólo de sus miembros para conseguir cuanto exige la conservación de su existencia; apenas ha dado trémulos pasos en la senda de la vida, y por un instinto de la naturaleza se apodera de los frutos que esta madre bondadosa le ofrece espontáneamente, para saciar el hambre y la sed que la devoran; y con las hojas de los árboles cubre rudimentariamente la desnudez de su cuerpo, expuesto á la intemperie y á los rigores de

los elementos. Mas el hombre es un sér perfectible, su ley es la ley del progreso y la realización del bien el destino que le ha señalado Dios. No puede vivir, pues, en la inercia, como que le es preciso poner en acción sus facultades para alcanzar su mejoramiento.

Con el transcurso del tiempo, el trabajo humano ha ido desarrollándose de una manera progresiva, y las diversas aplicaciones de este esfuerzo racional y libre, han formado la industria, que en la actualidad es la vida, la animación y adelanto de las diferentes nacionalidades en que se halla dividido el planeta que habitamos. Por doquiera que dirijamos nuestra mirada encontraremos el sello distintivo de la civilización, la huella indeleble de la mano creadora del hombre, que se traduce en obras admirables de todo género, nacidas al mandato soberano de su libre actividad. Por doquiera se descubre que la ley inexorable del trabajo va cumpliéndose, como se cumplen los designios supremos que gobiernan al universo; y que la humanidad se dirige sin trepidar, con la ciencia por antorcha y con el auxilio poderoso del capital, á la asecuración de sus altísimos destinos.

Si en el principio de las sociedades pudo verificarse la producción sin el auxilio de los capitales, ésto se debía al estado de atraso y de ignorancia en que se encontraban los primitivos pobladores del globo terrestre, y al consiguiente poco desarro-

llo en que se hallaban las necesidades humanas. Mas en el estado presente, la industria ha tomado un vuelo asombroso, sus progresos van siendo cada día más importantes y exigen imperiosamente la acción de aquellos elementos productivos, para llevar á cabo su misión regeneradora. Gracias á los descubrimientos que en todos los ramos del saber se han efectuado, la intervención material de los individuos en la elaboración de los productos, ha sido sustituida por instrumentos destinados á este objeto; y la condición del hombre se va haciendo cada vez más noble, ocupando el lugar distinguido que en la gerarquía de los seres animados le corresponde. Sin los capitales no es ni concebible ningún progreso, ya que es imposible transformar sin su auxilio los agentes naturales, y satisfacer esa aspiración insaciable de poseerlo todo, que domina á los hombres, esa tendencia á realizar lo que aun no ha sido realizado, á obtener lo que nos proporciona felicidades, que constituye la más admirable fuerza progresiva de la naturaleza. El desarrollo de las necesidades varía según los lugares, los tiempos, los individuos y el estado de éstos; y así se observa que cuando han adquirido lo que deseaban, no se conforman con ello, sino que ya quieren poseer algo mejor; apenas adquieren con qué satisfacer sus necesidades físicas, pretenden educar su inteligencia con el estudio y el conocimiento de las

ciencias, las artes y las letras, y procuran perfeccionar el sentimiento y la sensibilidad para dar expansiones á su alma y producir de esta manera esos divinos arrebatamientos de la poesía y de la música, que transportan en éxtasis sublime el espíritu humano.

Considerados los capitales desde el punto de vista de las funciones que ejercen en la producción, divídense generalmente: en proviciones; materias auxiliares; construcciones industriales; máquinas; y aptitudes. Las primeras, como vosotros sabeis muy bien, comprenden los artículos necesarios para la subsistencia de los trabajadores, y es de notarse que es preciso que estos objetos á los trabajadores se destinen, quiere decir, á personas que se proponen una nueva producción, cualquiera que sea su empleo ó categoría. Las segundas, los materiales sobre que va á recaer el trabajo del hombre. Las terceras son los objetos que se emplean en producir, pero que no se incorporan en el resultado final; y las cuartas, los edificios necesarios, los medios de comunicación, etc. Las máquinas son los instrumentos animados é inanimados que contribuyen en la elaboración de los productos; y las últimas, las disposiciones morales, físicas é intelectuales de los individuos.

La beneficiosa influencia del capital es de todo punto incontrovertible. Por medio de él se multiplican los empleos del

trabajador, se disminte el trabajo, y se aumentan y perfeccionan los productos, como observa el eminente Flores Estrada. Multiplica los empleos del trabajador, porque es lo cierto que el capital no funciona por sí mismo, sino que para que su intervención sea útil, requiere la participación de la inteligencia y de los demás atributos con que hemos sido dotados. Ya he dicho que con el auxilio de este elemento productivo, el hombre casi solamente pone la dirección, y únicamente ejerce actos que corresponden á su elevada misión sobre la tierra. Que se aumentan y perfeccionan los productos está fuera de duda, desde el momento que con los escasos medios que poseemos en lo que se refiere á nuestras personas, no es posible dar á los objetos cualidades apropiadas para asimilárnoslos.

Entre los capitales, sobresalen las máquinas, que tanto contribuyen al adelantamiento de los pueblos, y que significan un paso muy avanzado hacia la perfectibilidad humana. Las máquinas, auxiliares poderosísimos de la actividad puesta en ejercicio, son indispensables para la producción en estos industriosos tiempos; y á la vez que poseen las cualidades benéficas de los otros capitales, sirven para que los productos sean más baratos y de mejores condiciones, que lo serían, si el hombre hiciera uso tan sólo de sus brazos. A medida que el esfuerzo humano disminuya y

aumenten los productos: á medida que obtengamos mayores beneficios y superiores goces con el menor empleo de nuestros músculos en la elaboración de cuanto necesitamos: á medida que todo lo consigamos más fácilmente, gracias á los progresos de la industria, iremos marchando de seguro á nuestro bienestar; y, siendo cada vez más civilizados, mejoraremos nuestra suerte. Pero á pesar de tan importantes servicios que se deben á las máquinas, no han dejado de tener serias oposiciones aun entre los mismos hombres de ciencia, quienes las han combatido de una manera resuelta y tenaz, trayendo en su apoyo razones al parecer altamente humanitarias y á primera vista seductoras; creyéndose defensores decididos del proletariado, de esa clase desheredada de la fortuna, han pretendido que las máquinas son perjudiciales, puesto que con su empleo quedan muchos sin ocupación.

Pero es de notar que por el uso de las máquinas, aunque es verdad que muchos operarios cesan en sus faenas, el dinero ahorrado sirve para que su dueño lo dedique á otra clase de industria para lo cual son llamadas aquellas personas. Los capitalistas tienen economizada una cantidad de dinero: su interés particular le dice que conviene ponerlo en circulación para aumentarla, y este capital circula en efecto y los trabajadores encuentran ocupación. El apareamiento de una máquina

significa un nuevo progreso, luego renegar de las máquinas equivale á renegar del progreso: equivale á querer demostrar que la humanidad es tanto más desgraciada cuanto más se civiliza. Aunque se operen algunos males momentáneos con el apareamiento de las máquinas, la industria se encarga á su vez de hacerlos cesar muy luego, sobre todo que, como hace notar con tanto juicio el economista Garnier, las máquinas no aparecen todos los días, mas aun en el estado de perfección á que se ha llegado; las que además son caras, por lo cual no se hace uso de ellas inmediatamente, sino después del trascurso de algún tiempo.

El notable autor de las armonías económicas manifiesta: que “el progreso de la humanidad coincide con la rápida formación de los capitales, pues decir que se forman nuevos capitales equivale á decir en otros términos, que obstáculos combatidos otras veces onerosamente por el trabajo, son hoy conbaditos gratuitamente por la naturaleza; lo cual se realiza, obsérvese bien, no en provecho de los capitalistas sino en provecho de la comunidad;” y el sabio economista Carreras y González agrega: que todo nuevo capital supone un obstáculo de la naturaleza vencida, una fuerza física domada, una disminución de esfuerzo y de sufrimiento por parte del hombre; ó lo que es lo mismo, un aumento de sus goces, una satisfacción más amplia de sus necesidades. No

de otro modo podría explicarse la autorizada opinión que sostiene la ciencia, de que la cantidad de capital y no la de riqueza es la que determina el estado próspero de las naciones, porque ésta supone el trabajo de las generaciones pasadas, el ahorro de los que nos han precedido en la marcha de los siglos, mientras que aquél indica la actividad en ejercicio, el movimiento progresivo de las presentes sociedades, la lucha constante en la benéfica labor emprendida por el trabajo en sus diferentes manifestaciones.

No importa que la naturaleza, pródiga en algunas partes, se muestre en otras avara y miserable; no importa que los elementos naturales de la producción sean escasos y hasta nulos, si se quiere; que la acción del capital viene á sustituir la desigualdad, permítaseme decirlo, con que la naturaleza ha repartido sus dones inagotables; que el capital viene á suplir la falta de ésta, superándola muchas veces con el resultado de sus esfuerzos, impelidos por la causa poderosa de las humanas necesidades.

No son los países mejor dotados los más prósperos y felices. Como que es una ley de la humanidad que el progreso se consiga con sacrificios y grandes sufrimientos. Para llegar á la cima, preciso es andar la cuesta, y separar del camino los obstáculos que impiden nuestro ascenso, pero separarlos con energía y con valor, porque de lo contrario ni aun divisamos desde

el Nebo la meta de nuestras aspiraciones. Necesario es tener fé para trasladar los montes. — Por el contrario, la abundancia de los agentes naturales, lejos de favorecer el desarrollo de las industrias, es generalmente causa de atrazo, ya que acostumbrados los individuos á recibirlo todo sin muchas dificultades, se agotan fácilmente sus fuerzas intelectuales y físicas, y sobrevienen la ociosidad y la indolencia, que matan el espíritu de empresa, necesario para las conquistas del progreso en todos los tiempos.

No se vaya á creer que al expresarme de esta manera, quiero decir que es ineficaz y de ningún valor la parte que los agentes naturales ponen en la producción, pues á todas luces claro es el importantísimo contingente que la naturaleza pone en la formación de los productos.

En vano se esforzaría el hombre por adquirir cuanto necesita para su prosperidad; en vano emplearía su pensamiento en abstracciones inútiles, si no hubiese algo en donde pudiera recaer su actividad libre; si la naturaleza no le prestara su savia y los elementos que posee para fecundar la producción.

La cooperación de los objetos naturales en la formación de los productos es tan indispensable como el trabajo mismo, sin que pueda decirse que la intervención del uno sea más necesaria que la de los otros, por ser inadmisibile que de dos cosas necesarias para alcanzar algún fin, sea la una más que la

otra; cuando vemos que aunque es cierto que no existiría un producto cualquiera si no lo hubiese elaborado la mano del hombre, también lo es que ni aun se concebiría su existencia, excluyendo siquiera imaginariamente la materia de que ha sido hecho.

Cuando el hombre siembra la semilla, la tierra, poniendo el germen que contiene, la hace fructificar y viene en seguida abundantísima cosecha. De aquí deducían los partidarios de la escuela fisiocrática, á cuya cabeza se encontraba el distinguido pensador Francisco Quesnay, que no había más riqueza que la tierra, pero pronto fué demostrada la falsedad de semejante teoría, que exceptuaba de toda producción la parte esencialísima del trabajo y del capital.

Consideradas las sociedades en su infancia, resalta más la verdad que me he propuesto demostrar. Entonces, como hemos visto, el hombre, careciendo de capitales, se valía únicamente de sus músculos para obtener cuanto exigían sus rudimentarias necesidades. Deploable estado de atrazo en que se encontraba la humanidad!

No me parece demás hacer presente cuán sin fundamento es llamar á esta condición del hombre, estado de naturaleza, como si no hubiéramos nacido para desarrollar todas nuestras fuerzas y atributos; como si no hubiéramos sido dotados de inteligencia y de un deseo insaciable de elevar nuestra condición

en la lucha incesante de la vida.

Si tal afirmación fuera cierta debería el hombre vivir como ha nacido, sujeto al capricho de toda clase de intemperies; en una palabra, debería vivir en el más miserable abandono. Detestable teoría que declara el salvajismo como el estado natural de la especie humana, y que establece que á medida que nos civilizamos nos alejamos más de nuestra naturaleza.

En virtud del desarrollo de los capitales ha provenido la división del trabajo, cuyas utilidades saltan á la más ligera observación. No todos hemos sido dotados de unas mismas aptitudes, sino que está dispuesto que nazcan algunos con disposiciones más ó menos felices para determinadas industrias, de que otros talvez carecen absolutamente.

Unos nacen con la imaginación más dispierta, otros con la sensibilidad más delicada. Tal individuo es apto para el estudio de los difíciles y complicados problemas de las matemáticas, tal otro para la medicina, la filosofía, etc. A cada momento vemos personas que están dotadas de habilidades admirables para la pintura y las artes manuales, mientras que si se les destina á otros ramos del saber, no pasan de ser medianías, por no decir nulidades en la extensión de la palabra. Y esto, señores, vosotros lo sabeis muy bien, es para que exista la armonía universal que nace de la variedad de los conocimientos; para mantener la

sabia ley de la solidaridad, que rige á los individuos y á los pueblos, con el fin de que recordemos siempre que todos somos hermanos.

La ley de la división del trabajo se cumple efectivamente, como se cumplen todas las leyes económicas, y gracias á ello se utilizan todas las aptitudes, perfeccionando los productos y facilitando la invención de las máquinas, como se nota fácilmente con solo observar que cuando una persona está dedicada á un determinado trabajo, llega á perfeccionarse en alto grado con el transcurso del tiempo.

Mediante la división del trabajo los individuos pueden dedicarse á las ocupaciones para que se consideran con disposiciones más felices; y así vemos que Galileo y Copérnico descubren las leyes de los mundos; que Racine y el Petrarca arrancan á las cuerdas de sus liras de oro dulcísimos acentos; y Bernardo de Palissy pone su óbolo en la obra de la civilización.

Y todos estos esfuerzos, iniciados en el transcurso de los tiempos, tienen por objeto inmediato y directo adquirir los medios necesarios para nuestra vida y nuestra felicidad, que es la que constituye el derecho de propiedad, ó sea la facultad que tenemos para adquirir los objetos indispensables á la satisfacción de nuestras necesidades, y para disponer libremente de ellos: la propiedad, que tantas convulsiones ha operado en el

seno de las sociedades, y á cuyo influjo se agitan sin cesar los individuos y los pueblos.

Dos han sido los principales sistemas de organizar la propiedad: la propiedad privada y el comunismo.

La primera consiste en que los hombres adquieran los medios necesarios para su conservación, disponiendo de ellos como mejor les parezca; y el segundo, en que se dediquen al trabajo, según sus aptitudes y sus fuerzas, poniendo el resultado en la comunidad para que sea distribuido convenientemente entre todos, conforme á las necesidades de cada uno.

Divididos han estado y en el día están los hombres pensadores acerca de cuál sea el mejor modo de organizar la propiedad, y desde luego manifiesto que, por aceptable que se conceptúe ante los ojos de los principios naturales el sistema comunista, la propiedad privada tiene en su apoyo su antigüedad, el abono de los siglos, durante los cuales se ha mantenido incólume como una de las más seculares instituciones.

Cuando circulan los capitales, cuántos adelantos se obtienen en los diferentes ramos de la actividad! cuántos progresos para los pueblos, y cuántas comodidades para mejorar la existencia! Los bosques, antes incultos, guarida de animales feroces, se convierten en lugares de cultivo, donde ostentan su hermosura la caña de azúcar, el trigo, el cafeto, etc. Los campos desiertos en ciudades popu-

losas. Se hace oír el grito de la civilización que dice: despertad, pueblos, que ha llegado el día de vuestra regeneración por medio de la paz, la que engendran la libertad y el trabajo! Despertad, pueblos que dudais de la verdad del progreso, porque ha llegado el día de vuestro engrandecimiento!

¿Y qué indica el movimiento incesante que ha sustituido al letargo y al estacionarismo anterior?; indica que por la movilización de los capitales, las transacciones aumentan y todos hallan ocupación para adquirir cuanto necesitan: que el interés del dinero baja, porque la competencia sobreviene, lo que trae consigo la moralización, que ahuyenta la ociosidad, haciendo del trabajo una ley benéfica. Entonces el crédito también aparece, por la confianza que se tiene en los individuos, confianza en la que aquél debe basarse necesariamente, si queremos conformarnos con los dictados de la ciencia, y no en leyes restrictivas de la libertad del hombre, que debe ser sagrada mientras no delinca contra la moral, el derecho ó la justicia; en leyes, he de decirlo, que vienen á desmoralizar á las sociedades, porque entonces las negociaciones no tienen por base la buena fé, el reconocimiento del derecho ageno, cuyo respeto es el fundamento de la fuerza obligatoria de los contratos, sino una ley incapaz de impedir los desbordes de la morosidad y la falta de cumplimiento del deber.

Echad una mirada, señores, por los principales países de la tierra, y os convenceréis de los prodigios alcanzados por medio de los capitales, de ese sinnúmero de maravillosas obras que están atestigüando su fuerza inagotable y poderosa.

Por doquiera encontraremos monumentos admirables, que demuestran de una manera elocuente la provechosa influencia de aquellos agentes de la riqueza pública y privada, sin los cuales la humanidad no habría llegado al grado de civilización que ahora sorprende al estadista y al observador. Cuántos portentos por todas partes realizados por el Hércules de la inteligencia y del poder indomable del progreso! Seguro estoy que si tales obras no hubiesen aparecido en estos tiempos, en que la razón predomina y la ciencia ha sido propagada extensamente, serían consideradas como el producto fascinador de los espíritus maléficos, cual sucedía en épocas de oscuridad no muy lejanas.

Es de tal magnitud la fuerza incontrastable que los capitales han comunicado á las sociedades modernas, que si no fuerais vosotros á quienes me dirijo, no vacilaría en ponerlos de manifiesto tantas maravillas como se han efectuado.

“El comercio y la navegación, producidos en las antiguas edades por el valor, la pobreza y aún el pillaje mismo, tienen en la actualidad motivos más elevados.” Desde que los fenicios aparecieron como sus primeros

promotores, fundando poderosas colonias, esta importantísima industria ha ido tomando cada vez vuelo más asombroso; y hoy en día son incalculables los beneficios prestados por el comercio de mar y tierra. Es de ver cómo mejoran las vías de comunicación, por las que el hombre ha dejado de trasportar en sus hombros enormes pesos; y cómo surcan los mares multitud de navíos, que semejan carabanas del inmenso desierto de las aguas.

Sigamos adelante, señores; y no olvidemos los departamentos de la República que yacen en el estacionarismo. Creo no equivocarme y un deber manifestarlo, que el estado de abatimiento y postración en que se encuentran, principalmente, los departamentos de Chalatenango y de Cabañas, es debido á la falta de circulación de los capitales, á que algunos de los poderosos señores de aquellas comarcas únicamente le dan salida al dinero que adquieren para percibir por el préstamo crecidos intereses; en vez de promover asociaciones y empresas para hacer producir aquellos terrenos, pues ninguno es estéril cuando se le emplea en su cultivo propio; en el laboreo de las minas riquísimas que contienen; en fomentar industrias nuevas, ya que no es solo la agricultura fuente de riqueza, y allí está la Gran Bretaña floreciente y poderosa sobre los peñones de sus islas.

Deber patriótico es procurar la mejora de aquellos pueblos:

y ojalá que estudiemos el modo de hacerlos progresar, salvándolos de los brazos de la inacción y obteniendo para todos perdurable ventura.

San Salvador, mayo de 1890.

Contestación al discurso anterior, por el Dr. D.

ABRAHAM CHAVARRIA.

Señores:

Con la vénia debida á quien en la cátedra fué mi maestro y en la tribuna es mi superior, vengo á cumplir ahora, con el temor de quien comprende su poca valía, un deber que por su magnitud y trascendencia abate el espíritu y ahoga el entusiasmo.

La Economía Política es una ciencia que si bien nacida ayer, ha tenido la buena suerte de interesar vivamente el cerebro de los pensadores de la época que, de esta ó de la otra manera y cual más cual menos, se han ocupado en el estudio de los graves problemas que ella encierra; y ora por simpatía ó por marcada prevención, algo han dicho, ya determinando su carácter y su naturaleza, ya marcando su fin y sus aspiraciones, sea alabando su influencia social y política, sea condenando sus principios por utópicos é irrealizables. Pero lo cierto es que cuenta con un archivo inmenso en sus pocos pero gloriosos fastos, y que tiene un caudal abundantísimo de

principios y problemas, discutibles los unos, planteados los otros, interesantes todos: que en esa batalla reñidísima promovida por su causa, en la cual han lideado talentos de primera fuerza sosteniendo opiniones diametralmente opuestas, las inteligencias vulgares como la mía, que apenas conserva una vaga y ligerísima idea de lo que la ciencia es, se encuentran perplejas é indecisas, sin poder acertar el rumbo de la verdad, sin saber elegir lo mejor entre lo mucho bueno que se presenta.

Y es una de las cuestiones más serias y difíciles de este nuevo ramo del saber la que mi ilustrado maestro y colega ha estudiado con esmero y resuelto con exactitud lógica, como muy bien acabais de saberlo por su bien escrito y mejor pensado discurso de entrada á esta joven academia; y soy yo, profano en la ciencia y aprendiz suyo, quien por mandato de la sociedad voy á recibir al distinguido ciudadano que trae á este centro la luz de su inteligencia y la hidalguía de su corazón, unidas á sus grandes aspiraciones científicas y á su reputación de literato, como si mi humilde pluma y mi desautorizada palabra pudieran agregar una idea ó un pensamiento más al brillante razonamiento con que él ha demostrado la tesis de su valioso discurso? Tal es la ley de los contrastes. Sin embargo, como tengo en mi favor la benevolencia de los que hoy me dispensan la honra de escucharme; y como cuento, a-

demás, con la excusa de un mandato superior, trataré de cumplir mi cometido de la mejor manera posible, poniendo para ello á contribución, no lo que mi inteligencia y mis conocimientos pudieran proporcionarme, sinó lo que autores reputados han dicho respecto á la importantísima cuestión económica, objeto de este incorrecto trabajo.

Señores:

El capital ha sido y es objeto de serias controversias entre los economistas contemporáneos: los unos han aparecido como soñadores y visionarios rompiendo lanzas en honor suyo, los otros se han creído observadores atentos, positivistas certeros y lo han atacado despiadadamente. De aquí se han originado á veces teorías absurdas, extravagantes y peligrosas que han trastornado el cerebro de los pueblos hundiéndolos en abismos horribles, arrastrándolos á hecatombes sangrientas que han desacreditado á la humanidad y escarnecido su progreso. Los filósofos verdaderos, los amantes del orden social y de los eternos principios de justicia, ora los apellidéis Federico Bastiat ó Adam Smit, son los grandes defensores del capital, los predicadores incansables de las verdades consoladoras y de los principios regeneradores. Los falsos filósofos, los comunistas y socialistas, ora se denominen Luis[®] Blanc, ora Proudhon ó Fourier, son los terribles agitadores de la masa popular, los implacables enemi-

gos del capital, los eternos desacreditadores de la propiedad. Y ya sabéis que cuando una de estas ideas subversivas domina la multitud, la dinamita y el petróleo están á la orden del día, y París se convierte en una inmensa hoguera en la cual estánse devorando ideas y principios en nombre de la justicia y de la moral, como si éstas no estuviesen pereciendo también en ese crimen inaudito, como si ellas no fueran víctimas también de esa destrucción espantosa.

La noción del capital, bien comprendida y estudiada sin prevenciones de ninguna clase, es una de las más bellas teorías que la ciencia nos ofrece. Federico Bastiat, el gran batallador de las buenas ideas, el admirable autor de las *Armonías Económicas*, ha dicho á este respecto:—Si nuestro obrero sabe analizar los fenómenos, se reconcilia con el *capital* comprendiendo de cuanto le es deudor, se convencerá sobre todo, de que los dones de Dios son gratuitos y reservados para todos los hombres, y prodigados con mucha liberalidad; liberalidad que no deben á sus propios méritos, sinó al armónico mecanismo del orden social *natural*. El *capital* no es la fuerza vegetativa que hace germinar y florecer el algodón; pero es la *incomodidad que sufre* el que la siembra: el *Capital* no es el viento que hincha las velas del navío, ni el magnetismo que obra sobre la brújula; pero es la *incomodidad que sufren* el que

construye las velas y el óptico: el *Capital* no es la elasticidad del vapor que hace abrir y cerrar las válvulas de la máquina, pero es la *incomodidad que sufre* el que la construyó. Vegetación, fuerza del viento, magnetismo, elasticidad, todo esto es gratuito.”

Tenemos, pues, que el capital no es patrimonio de unos pocos con mengua de la mayoría, ni arreglo convencional de los poderosos para oprimir á los débiles; sinó ley que domina el mundo de la actividad inteligente y libre, principio que regula el movimiento del trabajo y de la producción. El capital es la síntesis maravillosa de una laboriosidad constante, de una conducta ejemplar y de una garantía efectiva: él representa una serie de esfuerzos triunfantes, una multitud de obstáculos vencidos; y como quiera que todos por ley suprema estamos sugetos á las fatigas del trabajo diario, manifiesta, además, el exacto cumplimiento de ese precepto sagrado. Siendo esto así, y admitiendo graduación como conjunto de productos dedicados á la producción, no importa la mayor ó menor cantidad con que cada cual lo posea: todos los que del trabajo vivimos tenemos nuestro capital. Capital se denomina el conjunto de millones que el banquero consagra á sus especulaciones, como las humildes herramientas del zapatero; capital es el cerebro luminoso del sabio y la poderosa fuerza del jornalero; capital la pluma

del literato y el arado del agricultor. Pero precisa popularizar estas ideas y generalizar estos principios para que la buena simiente se desarrolle y fructifique en nuestro suelo, á fin de que esas huracanadas sociales que han agitado á la vieja Europa nos encuentren firmes é incommovibles como las rocas de las playas que burlan las furiosas embestidas del océano.

El capital, señores, es fruto peculiar de la civilización, es el resultado de los cálculos inteligentes y de las previsiones acertadas; y revela por sí el conocimiento de los altos destinos de la creatura humana, á cuya realización está consagrado. La desnudez de nuestros progenitores, su alimentación salvaje con frutas ó raíces recogidas al acaso de los árboles encontrados en su camino, constituyen la base y el principio del progreso presente, de esta jornada que por larga que haya sido aun no ha agotado las fuerzas de la humanidad que todavía se siente con alientos bastantes para ir más allá, hasta alcanzar la deseada meta, esa especie de espejismo halagador que cuando más cerca lo contemplamos más lejos de nosotros está. La caza y la pesca que, según los historiadores, fueron las industrias primeras del hombre, apenas exigen la concurrencia del capital: los pueblos semibárbaros ó salvajes que existen todavía confirman esta verdad. Pero como á estas industrias rudimentarias sucedieron ó se agregaron

otras más difíciles y más inteligentes, pero en armonía con las nuevas necesidades que se desarrollan á medida que la razón y el gusto se educan, la colaboración del capital fué introduciéndose poco á poco en los trabajos sociales hasta llegar á constituir una necesidad, hasta ser lo que es en la actualidad, en medio de este vertiginoso movimiento civilizador de la producción,—un agente, un instrumento, un medio indispensable para la creación, desarrollo y perfección de toda industria; de tal manera que hoy los economistas están acordes en conceptuarlo junto con el trabajo y los agentes naturales, como elementos imprescindibles en toda producción.

Los capitales, pues, no son la obra caprichosa del acaso, no se forman expotáneamente. La privación actual de una exigencia eludible para alcanzar la realización de un fin útil y racional, constituye el ahorro; y el ahorro ¿qué es sinó la base ó por lo menos el camino que conduce al capital? Quien puede reservarse hoy algo de lo que produjo, muy bien puede consagrar ese algo reservado á una nueva producción: hé aquí el capital viniendo á la vida del fondo de una privación para satisfacer necesidades mayores ó más nobles y llegar á fines más levantados. “El ahorro, dice con sobrada justicia Samuel Smiles en uno de sus más celebrados libros, comenzó con la civilización. Principió cuando los hombres se vieron en la ne-

cesidad de proveer para el día de mañana, lo mismo que para el de hoy.” Y poco adelante agrega: “La economía no es un instinto natural, sinó producto de la esperiencia, del ejemplo y de la previsión. Es también consecuencia de la educación y de la inteligencia. Solo cuando los hombres llegan á ser sabios y prudentes se hacen frugales. De ahí que el mejor medio para hacer previsores á los hombres y á las mujeres, sea el instruirlos.

“La prodigalidad es más natural en el hombre que el ahorro. El salvaje es el gastador más grande, porque no tiene previsión, no tiene mañana. El hombre prehistórico no guardaba nada. Vivía en cuevas, ó en agujeros en el suelo, cubierto con ramas. Se mantenía con mariscos que buscaba á orillas del mar, ó con escaramujos y bayas que recogía en los bosques.”

Pero á medida que el hombre ha profundizado el convencimiento de su propia naturaleza, según que ha comprendido los grandes fines que tiene forzosamente que cumplir en su peregrinación por el planeta, conforme ha ido ascendiendo en la escala indefinida de sus necesidades, ha tenido que buscar en este ó en el otro sentido los medios más adecuados para la realización de sus aspiraciones, para el cumplimiento racional de su misión. Entre estos medios cuentan los sabios el capital que, según dejo indicado, exige actividad constante, intelligen-

cia ilustrada y moralidad á toda prueba, ó sea una conducta arreglada á los tres principios en que los romanos hacían consistir la justicia: *alium non ledere, — suum cuique tribuere — y honeste vivere.* A la verdad es tal la importancia de este agente de la producción en el progreso social, tiene trascendencia tal en los destinos humanos, que algunos economistas reputados lo conceptúan como el termómetro para medir el grado de cultura de un pueblo, porque él representa la lucha de hoy, el trabajo presente, la actividad tangible. Y es por esta razón que M. Rossi ha dicho: El capital es casi la vida material de los Estados, la medida de su civilización y su progreso. . . . El capital, bajo cien formas diversas, pone en movimiento, anima y duplica las fuerzas sociales; merced al capital se acercan los hombres unos á otros. . . . se multiplican los gustos, y va el hombre elevándose poco á poco en la escala de sus necesidades y de sus goces." Promover, pues, la formación de capitales y proteger su desarrollo, es colaborar eficazmente en la grande obra de la civilización, es hacer el bien por el bien mismo. ¿Pero qué debemos hacer para fomentar los capitales? La respuesta es muy sencilla y muy obvia. Debemos garantizar la propiedad privada, conservar la paz pública, mantener la confianza social por virtud del exacto cumplimiento de las leyes jurídicas y morales; debemos abolir los

monopolios injustos y alentar el espíritu de asociación; debemos, en una palabra, conservar esa armonía bellísima que resulta del exacto cumplimiento de los deberes impuestos á los que mandan y á los que obedecen y de las relaciones lícitas que en todo pueblo deben existir entre los de arriba y los de abajo: que lo mío, mío sea, sin que las expoliaciones del Poder ó de los particulares violen mi derecho; y que la Autoridad pública sea el guardián verdadero de todas las garantías sociales. Conseguido ésto, ya veréis como los capitales se forman de la mañana á la tarde, y veréis como esos capitales se movilizan ora bajo la forma de las transacciones mercantíles que hacen solidarios los intereses de los pueblos, ora bajo la forma de las industrias manufactureras y agrícolas. Y como corolario de todo, las vías de comunicación se mejoran sustituyendo la audaz locomotora que horada montañas y salva abismos, á las viejas carreteras de tiempos no envidiables, la máquina de vapor que surca las embravecidas olas del océano reemplazando á la blanca vela que se hincha únicamente al empuje del viento veleidoso; el telégrafo, el teléfono y todo ese conjunto de instrumentos del trabajo que constituyen el motor del progreso humano vendrán á incrustarse, por decirlo así, en nuestro organismo social. Y como lo material y lo intelectual están tan íntimamente enlazados que no

podemos racionalmente concebir lo uno sin lo otro, las ciencias que son la base de las artes, y las artes que son el fundamento de las industrias, seguirán paralelamente el mismo rumbo encaminándose al mismo fin: la felicidad del hombre.

El progreso y el capital son dos ideas correlativas, están vinculadas solidariamente. Donde el primero toma vuelo prodigioso, el segundo se multiplica admirablemente: el uno es dato seguro para juzgar al otro. Cuando vemos que gran cantidad de los productos acumulados se dedican á nuevos trabajos ó ensanchar las industrias conocidas, que las empresas aumentan y que los individuos se asocian con fines económicos ¿qué deducimos desde luego? ¿Cuál es la idea que se viene naturalmente á nuestra cabeza? Que la actividad se desarrolla, que la nación progresa y, como consecuencia, que los productos aumentan en beneficio de la generalidad. Y cuando afirmamos que un pueblo prospera en la senda de su perfeccionamiento ¿cómo lo justificamos? Valiéndonos de los mismos medios anotados. Los establecimientos de enseñanza creados ó bien organizados, las nuevas vías de comunicación ó sus mejoras, las obras públicas y particulares en construcción, las asociaciones formadas para el cultivo de las ciencias, las artes y las industrias en general ¿qué otra cosa son sinó la manifestación ostensible y evi-

dente de la acción de los capitales en el progreso humano? Sin el capital, sin este poderoso agente de la producción, las Universidades, los Institutos, las Escuelas y las Academias permanecerían cerradas; la agricultura, las bellas artes, las manufacturas estacionarían perpetuamente; el comercio, que es base y garantía de las relaciones internacionales, sería incipiente, miserable; en fin, quitar el capital á la humanidad en el estado actual de su civilización, valdría tanto como borrar con mano criminal la historia de su glorioso pasado, como romper las estatuas y derribar los templos consagrados á perpetuar la memoria de sus benefactores; importaría la pérdida absoluta de un trabajo secular y penoso para volver á nuestro primitivo y lamentable estado salvaje, sería matar súbitamente esta actividad generadora de obras grandiosas y sublimes que constituyen la honra del linaje humano, para hundirnos en un marasmo y una indolencia impropios del ser inteligente y libre. Pero afortunadamente nada de esto es realizable, el capital existe y existirá siempre por leyes que vienen de lo Alto y el poder del hombre no será bastante nunca á trastornar el orden establecido por el Creador del universo.

Hay necesidades creadas por el hombre, pero de tal manera apropiadas por él mismo, que vienen á constituir con el trascurso de los tiempos parte integrante de su naturaleza. El

sabio acostumbrado á leer y escribir siente tan imprescindible la necesidad de cumplir con ese deber como los de atender al vestido y á la alimentación: entre romperle su pluma y quemarle su biblioteca, ó sugetarse al ayuno y la vigilia, preferirá, yo os lo aseguro, lo último á lo primero. Para esta clase de hombres, las necesidades del espíritu están sobre las exigencias de la materia. Lo propio sucede á las sociedades y á la humanidad entera. Quitad á Francia sus Bibliotecas, sus Academias, sus Teatros, su Prensa, sus Institutos y todo lo que constituye el carácter francés, y Francia no existe, ha muerto instantáneamente porque le habéis robado el oxígeno que la animaba, le habéis razgado todas sus arterias. ¿Pero estos elementos no han sido creados por el hombre mismo? Sí, os lo concedo porque estáis en lo justo; pero hoy, debido á sus necesidades, forman parte de la organización y de la vida social, no dependen ya de la voluntad humana y debéis conservarlos para conservar la vida. Tal es la ley que rige al capital: separadlo del trabajo y de los agentes naturales y habréis desquiciado el orden establecido, sembrando el caos con mengua de la armonía que reina en este asombroso movimiento intelectual y material.

Siniestros soñadores llamo yo á esos que, apellidándose amigos y defensores de la plebe y de los proletarios, fomentan sus

instintos destructores, designándoles el capital ó la propiedad particular como causa de todas sus desgracias; demagogos miserables son que van reclutando aplausos inconcientes para formarse una reputación tristísima, que se desvanece, como las nubes, al menor soplo del viento de la verdad. Afortunadamente sus palabrerías no han formado eco en estas sociedades que se desarrollan á la sombra de las inmensas cordilleras andinas, como que el soplo purísimo que de éstas emana no permite que principios desorganizadores incuben en su seno. Bien sabido es el lamentable fin que tuvieron aquellos apóstoles de estas ideas en E. U. donde validos de la absoluta libertad de pensamiento y de conciencia de que todo hombre goza, y amparados por las garantías constitucionales, creyeron encontrar teatro adecuado para su propaganda.

No puede negarse que hay capitalistas y terranientes sin conciencia que explotan en provecho propio las miserias y necesidades del pobre; y que entonces éstos pueden decir, con justicia y con razón bastante, que el capital es enemigo declarado del trabajador, y que el rico, la clase pudiente ejerce una tiranía insoporable sobre la clase menesterosa. A veces parece que el relumbrón del oro y la blancura de la plata dan muerte á los bellos sentimientos que anidan en los pechos generosos; como que esta aristocracia del dinero, la menos legíti-

ma y la más odiosa de todas, según la opinión de un gran escritor americano, embalentina y enorgullece aun aquellos que vienen de abajo, de las clases ínfimas de la sociedad. Pero todo ésto, señores, es obra de los hombres, no de los principios; es causa de los procedimientos humanos, jamás consecuencia de los preceptos científicos. Ya otras veces lo he dicho: no hay que mezclar lo general con lo particular, no hay que confundir el hombre con la ciencia. Esta hace lo que puede y lo que debe. Pero como la creatura humana tiene sus privilegios exclusivos; como la libertad, que es don divino concedido para el bien, puede á veces trasformarse en libertinage generador del mal, la Economía como los demás ramos del saber, únicamente estatuye reglas para lo primero, examinando y atacando las causas de lo segundo. Querer que ella haga prodigios que las otras ciencias no han podido, es exigirle imposibles: preciso es corregir antes lo que habéis dado en llamar la obra acabada del Creador—el hombre.

Estos hechos dolorosos y esas conductas desordenadas han servido de fundamento á los enemigos de la propiedad para formular sus teorías, rodeando, además, de una aureola simpática á socialistas y comunistas que cuentan desde luego con el aplauso de esos harapos que se arrastran por las calles sin interesar la atención de aquellos que pueden atenuar su desgra-

cia, tienen para sí las bendiciones de las mujeres infelices, de las madres que no tienen jugo en sus venas para alimentar el fruto de sus amores, cuentan en fin con esa turba de esqueletos que se retuercen hambrientos sin encontrar un pan que restablezca sus perdidas fuerzas ni trabajo para ganar ese pan. Esta situación tristísima creada por circunstancias naturales unas veces, y por leyes injustas otras, los ha hecho alzarse airados pare decir con voz tonante á las demás clases sociales: "somos tus hermanos, somos sangre de tu sangre y hueso de tus huesos; somos tus iguales; oídnos: rechazamos la limosna, queremos la justicia." Y á esto han respondido hombres como Proudhom con aplausos estrepitosos que convertidos en libros han resonado en el mundo entero. Entonces han continuado: queremos ocupar ese puesto que vosotros ocupáis y que de derecho nos pertenece; bajad!—Tienen razón; pero no son los medios violentos los más á propósito para la resolución de tan graves problemas sociales. Ya los sabios han apuntado los verdaderos.

Con esto no queremos decir que el socialismo sea absolutamente malo. Todo lo contrario: reconocemos que persigue un fin grandioso y justo, y que su objeto no lo es menos;—aplaudimos y respetamos sus propósitos, pero condenamos los medios adoptados.

—

Para concluir, señores, per-

mitidme sintetizar mis ideas sobre el capital. Así como el individuo necesita del oxígeno para conservar la vida y de la libertad para mantener su personalidad en la esfera del derecho; así como los pueblos necesitan de su independencia y de su soberanía para ser grandes y felices, el capital también ha menester de una atmósfera pura para su desarrollo. De modo que no podemos á nuestro arbitrio crear y aumentar capitales cuando hay un medio ambiente inadecuado, impropio: entonces por más que haga el hombre, el capital tiene que limitarse á un papel insignificante. El capital y los demás elementos sociales están solidariamente vinculados por las mismas leyes, de tal manera que cuando una de éstas se viola, el orden se altera y el desequilibrio reina. Allí donde los monopolios constituyen un principio de gobierno, donde las leyes están consignadas en los códigos para que abogados y estudiantes adquieran con su estudio una erudición estéril, donde la expoliación es atributo de autoridad, donde á un bochinche sigue otro bochinche,... ah! señores, donde todo esto sucede, el capital no existe, huye infaliblemente; y si bien es cierto que aun en medio de estas circunstancias se ve la obra de aquel agente necesario de la producción, yo digo que esa acción forzada es perjudicial en vez de útil; apunta una situación desesperante, pero no un progreso verdadero: ese movimien-

to tiene algo de las convulsiones fatídicas del agonizante. Y por qué? me diréis. Porque ese movimiento es la obra de los merodeadores sociales que, á manera de buhos siniestros, se ciernen y se enzañan en el exánime cuerpo de la patria.

Es necesario convencernos, señores, que representando el capital la actividad de los pueblos, siendo como es la riqueza en movimiento, el producto reproduciéndose, necesita del oxígeno de la libertad para vivir. Que haya orden, que haya paz, y que tanto lo uno como lo otro sean la consecuencia precisa del derecho realizado, y ya veréis como el capital por sí solo se desarrolla convirtiéndose en nervio, en alma, en poderosa fuerza motriz de esa actividad inteligente que hace los pueblos inmortales en el santuario de la Historia y en el corazón de la humanidad.

A LA JUVENTUD HONDUREÑA.

Se extinguieron las zarzas punzadoras
 Que endebles vegetaban
 En nuestro caro suelo;
 Troncháronse los sauces gemidores
 Que con susurro lúgubre imitaban
 La misteriosa voz de los dolores
 Ajenos al consuelo;
 Y el tórrido calor de un suelo ardiente
 Fertilizó esta tierra, y á su influencia
 Surgieron plantas de fecunda savia
 Que dan á Ceres gran magnificencia.

* * *

Roto hallamos el círculo pequeño
 En donde el germen del error bullía
 En los aciagos tiempos de conquista,
 De oscurantismo y ruda tiranía
 Después, de libertad el faro hermoso
 Para la Diosa de Colón fulgura,

Y el amor de los padres de la patria
 Un excelso destino le asegura.
 Aun vive perdurable
 El recuerdo dichoso
 De los varones ínclitos,
 Que con celo laudable
 Libertad nos legaron,
 Y con amor profundo
 A la virgen América elevaron
 Frente al antiguo mundo.

* * *

Despertóse el espíritu
 Sacudiendo el crespón de las tinieblas
 De la ignorancia adusta,
 Y risueña y augusta
 La primera alborada de un gran día,
 Decoró el horizonte,
 Benéfica, esplendente,
 Haciendo á un pueblo todo
 Alzar del polvo la humillada frente.

* * *

¿Quién retiene hoy en el socio inerte
 A las ciencias que marchan adelante?
 ¿Quién la idea encadena?
 No de opresores ya la saña fiera
 En extinguir se goza
 Del pensamiento la inmortal lumbrera.

* * *

Gratas auroras miras hoy tranquila,
 Juventud hondureña,
 Y el dón inestimable,
 Cual bienhechora enseña,
 Muestras de tu radiosa inteligencia,
 De tus grandes ideales,
 Tus bellas ilusiones,
 Tu ardiente corazón, pura conciencia.
 ¡Oh noble juventud! urna sagrada
 Donde la patria su esperanza guarda,
 Anhelosa, valiente, entusiasmada
 Marcha, marcha adelante,
 A ceñir del talento y de la gloria
 La preciada corona
 Con que la fama en este siglo heróico
 La virtud y la ciencia galardona.

* * *

Marcha tras el sendero luminoso
 Que Bolívar y Washington trazaron;
 Marcha sobre las huellas inmortales
 Que aquellos astros vívidos legaron
 Realizando con gloria sus ideales.

* * *

Alumnos afanosos de Minerva

A cuyo alcázar remontáis el vuelo,
 Las benéficas artes y la ciencia
 Profusas premiarán vuestro desvelo;
 Y cuando llenos de ese noble orgullo
 Que el espíritu inflama,
 Para la obra del bien miréis ardiendo
 De la verdad la llama;
 Cuando miréis las esmaltadas flores
 Del talento y del genio
 Desplegando sus pétalos divinos
 Del mundo en el proscenio;
 Cuando en las selvas fértiles de Honduras,
 Nido de dulces aves,
 El himno sacro del trabajo suene
 Bajo el fresco banano,
 Y las blondas espigas
 Y el lustroso caféto
 Brinden opimo fruto,
 El estandarte del progreso entonces
 Veréis flamear sobre las altas cumbres
 De las montañas patrias,
 Y veréis realizada la esperanza
 De abrirse para Honduras
 Un porvenir de gloria y venturanza.

* * *

Prosigue, ¡oh juventud! que eternos lauros
 Te guarda la justicia en las alturas
 A do llegan las águilas de genio
 Entre envidias, angustias y amarguras.
 La inteligencia es luz, llama celeste,
 Es don divino, inmenso poderío:
 Y que jamás te canse el cultivarla
 Anhela con vehemencia el pecho mío.

JOSEFA CARRASCO.

Santa Bárbara (Honduras): 1892.

Atenuación de los virus y vacuna de cabra.

(A MI APRECIABLE AMIGO D. J. SANTIAGO LARIN).

—
 Cuando pensamos en los primeros pasos de la humanidad dirigidos por la naturaleza allá por aquellos tiempos oscuros velados por las brumas invernales de la ignorancia, cuando nos remontamos á aquellas edades ambiguas que cada secta ó religión ha tratado de definir con tragedias extravagantes y ridículas, y esperamos los em-

briones informes de la ciencia, el espíritu se contrista y descepciona. Pero al contemplar la marcha regeneradora de los tiempos y el desplegar incesante y prodigioso de los dobleces de la inteligencia humana, el corazón se hipertrofia entusiasmado y el cerebro se estimula.

Nada complace tanto como la contemplación de las obras del talento, cuyo encadenamiento maravilloso forma la gran epopeya del mundo intelectual.

Los ramos del saber humano, en su eterna y portentosa revolución, van dejando de triunfo en triunfo mil laureles que la humanidad recoge para engalanar la frente de la civilización y el progreso.

La medicina es una ciencia que desde tiempos inmemorables ha venido desarrollándose lentamente, y por consiguiente, ha tenido que alimentar una plaga de errores monstruosos y trascendentales, que unos después de otros y al influjo regenerador de un ahinco tenaz y múltiples requerimientos, han tenido que abandonar avergonzados la tutela de una ciencia que tan de buena fé los asilara, dejando en su lugar los fulgores esplendorosos de la verdad.

El tiempo y el estudio, en su incansable afán de perseguir la meta de la inteligencia humana, penetran con su irresistible mirada en el seno de los torbellinos y en los ignorados rincones de la inmensidad. La humanidad camina hacia su perfeccionamiento, y las ciencias hurañas van descorriéndose el velo para mostrar su rostro inmaculado, porque no pueden empañarse por más tiempo en esquivar sus secretos al temerario poder de la fuerza intelectual.

La atenuación de los virus es un problema que ha llamado la atención de los hombres de ciencia des-

de hace mucho tiempo, y con sobrada justicia ha merecido los trabajos y desvelos de patólogos eminentes. Los estudios que sin tregua se verifican en este sentido arrojan nuevos rayos de luz y nos ponen en el camino del desenlace de la verdad. Las últimas investigaciones científicas puramente experimentales de Pasteur, Roberto Koch, Davaine y otros célebres microbistas han llegado á demostrar la susceptibilidad que poseen ciertos agentes patógenos de atenuar su acción morbosa, ya por el paso á través de una serie de individuos en los cuales va perdiendo poco á poco su energía perniciosa, ó ya por procedimientos apropiados que concluyen por dar idéntico resultado. Así, estamos ahora en posesión de un método de vacunación anti-rábica, merced al virus tomado de las médulas desecadas *ad hoc* de animales atacados de rabia ó del último de una serie de monos ó conejos en los cuales se haya ido transmitiendo la enfermedad por inoculaciones sucesivas; y esta vacunación anti-rábica, que hoy figura entre las conquistas de primer orden de la patología, ha servido por sus positivas propiedades preservadoras y curativas para salvar la vida á una multitud de contaminados desde Meister hasta nuestros días y que estaban fatalmente condenados á una muerte más ó menos próxima; y al presente contamos con institutos en ambos mundos en donde se practican experiencias de esta naturaleza con resultados positivos satisfactorios.

Las investigaciones neófitas sobre la viruela han llegado á conclusiones clásicas que corroboran la atenuación de los virus. Hasta el presente los tratados de patología declaran la dualidad de la viruela y la vacuna, y nos dicen: "la vacuna tiene su origen en una enfermedad eruptiva de la especie bovi-

na, el *cow-pox*, caracterizado por una erupción de algunas pústulas planas, anchas y umbilicadas en las ubres y en los pezones del animal." Ahora bien, dice Dieulafoy, "el virus vacuno ¿es el virus varioloso modificado á su paso por la vaca, ó es una enfermedad especial de la especie bovina?" y responde con Chauveau: "se puede inocular la viruela á la vaca, pero esta viruela no se transforma en vacuna al pasar por la especie bovina, permanece viruela y da origen á una viruela si se la vuelve á la especie humana." Pero esta opinión sostenida con todo el peso de autores tan acreditados y concienzudos como Layet, Berthet y otros muchos, parece desplomarse al sacudimiento formidable de los partidarios de la unidad de la viruela la vacuna. Si los virus de estas dos afecciones fuesen de diferente naturaleza, ¿qué acción benéfica tendría la inoculación del *cow-pox* para preservar ó mitigar un ataque de viruela, siendo como es que esta enfermedad reúne la circunstancia de no redivar sino excepcionalmente? ¿No es más lógico y conducente atribuir la influencia recíproca de ambas enfermedades á la identidad en su esencia íntima, y que en sus variadas manifestaciones no media más diferencia que de matiz ó de grado del mismo modo que existe entre la viruela, confluyente y la discreta?

Si los ensayos experimentales de la comisión lionesa han servido de base para inscribir en los tratados de patología la doctrina dualista de la vacuna y la viruela, los datos fidedignos que nos dan Eternod y Ch. Haccius de las recientes experiencias del Director del Instituto de vacunación de Karlsruhe el Dr. Fischer, son concluyentes en el sentido de la unidad. Este gran práctico, inoculando el virus varioloso á terneras unas después de otras,

obtiene al cabo de tres generaciones el verdadero *cow-pox*: en la primera se produce una erupción local acompañada de pústulas espontáneas en pequeño número, de aspecto poco típico. Si subsiguiente á este primer resultado se persiste, se llega al fin á la presencia de un cuadro diferente; á la tercera generación, la pustulación tiende á hacerse típica, tomando cada vez más los caracteres propios y la marcha de la erupción vacunífera, hasta el punto de no poder ser distinguidas por un especialista de las obtenidas por la inoculación del *cow-pox* espontáneo. Si entonces se transmiten á la especie humana se produce una vacuna, con todas sus propiedades profilácticas, haciendo á los individuos refractarios ó menos aptos para la receptividad del virus varioloso.

Los señores Thiele, Ceely, Voigt, Depaul y de Badcock, después de concienzudas investigaciones repetidas también sobre las terneras, son prosélitos netos de la identidad entre la viruela y la vacuna: para estos ilustres patólogos no hay más que un virus varioloso, que susceptible de atenuarse, produce la vacuna.

Cree Fischer y sus adeptos que si Chauveau no ha llegado á iguales conclusiones, consiste en el proceder operatorio diferente y además por limitarse á una sola generación.

Este paso triunfante dado por los patologistas es muy seductor y nos autoriza para esperar el advenimiento de otros cuyos beneficios sean el faro salvador de la humanidad doliente y cuyos radiantes resplandores sean las glorias excelsas de la ciencia médica. Al trasluz de los hechos verídicos vemos columbrar los perfiles de la atenuación de los virus como una figura de lineamientos sublimes que se esclarece cada vez más. Si la cien-

cia llega á comprobar la última expresión de los micro-organismos patógenos en general, la profilaxia habrá ganado un prodigio incalculable. Pensemos en las ventajas inmensas que traería á la práctica la preservación de las enfermedades específicas no redivivantes que por su carácter grave y sus perniciosos estragos nos hacen temblar. Si por medio de una atenuación apropiada del virus patogénico de la fiebre amarilla y la fiebre tifoidea se obtuviese una vacunación preservadora, la malignidad alarmante de estas terribles afecciones no nos asustaría, pues no nos tomarían desprevenidos. El tiempo lo conseguirá.

Hoy que la epidemia variolosa se halla entre nosotros haciendo con su azote mortífero gran número de víctimas y que la vacunación jenneriana es el arma eficaz de que nos servimos actualmente para ponernos en guarda contra tan terrible enfermedad, me ha parecido oportuno llamar la atención sobre la vacunación de cabra por juzgarlo útil é interesante bajo ciertos puntos de vista teóricos y prácticos.

La cabra ha sido considerada desde hace mucho tiempo como un terreno á propósito para la vacuna, pero sus indiscutibles ventajas sobre la de otros animales había pasado desapercibida por la mayor parte de los experimentadores.

MM. Chonneaux-Cubbisson y Trasbot han demostrado recientemente que la cabra es un manantial de cultivo del virus vacínico. El eminente director del servicio de vacunación de la Academia de Medicina de París, según lo atestigua "La Revista Veterinaria" de la metrópoli europea, después de haber leído una relación valiosa é interesante de sus trabajos, ilus-

trando la cuestión de que el *cow-pox* es cultivable en las especies *equina*, *bovina*, *asnal*, *ovina* y *caprina*, dice: "se explica muy naturalmente por la existencia de las variedades siguientes de una sola y misma afección: *cow-pox*, *horse-pox*, *ass-pox*, *sheep-pox* y *goat-pox*. Desde el momento en que el *cow-pox*, como un grano que germina y fructifica en regiones y bajo latitudes diversas, evoluciona con los mismos caracteres clásicos sobre la especie caprina que sobre la especie bovina y sobre la especie humana, no hay razón para que la vacuna de cabra no posea la misma potencia profiláctica que la vacuna de ternera y la vacuna humana." Los resultados experimentales de este ilustre académico han correspondido al tezon plausible de sus tareas, las cuales ponen de manifiesto que la inoculación de la vacuna del hombre, de la vaca y del caballo á una cabra, se reproduce íntegramente con todos los detalles de la marcha y ciclo de la vacuna clásica, trasmitiéndose al hombre con todas sus propiedades.

Tenemos, pues, á nuestra disposición un medio fácil y expedito para la conservación del fluido vacínico fresco y bueno, sin estar solamente atendidos á los que nos vienen del exterior, cuya calidad no siempre es satisfactoria. Entre nosotros en donde las cabras pululan con profusión, es preferible echar mano de este terreno vacunífero que el que proporcionan la ternera y la vacunación de brazo á brazo. Las condiciones de limpieza, docilidad y economía que reúne el animal caprino son harto suficientes para que optemos por él. Hay más, y esto es de un valor portentoso; la seguridad que presenta la cabra como el carnero de la no trasmisibilidad de la sífilis y la tuberculosis está reconocida y admitida por los autores que han dilucidado est

particular. "No se conocen, declara M. Nocard, hechos de tuberculósis en la cabra, fuera de las condiciones experimentales, y todavía en este caso es muy difícil volver tuberculosos á los animales de esta especie; esta es una noción clásica en Veterinaria" Los doctores B. Bertin y Pieq, habiendo practicado inyecciones subcutáneas é intra-peritoneales con productos notoriamente tuberculosos, no han podido hacer estallar la tuberculósis en la cabra.

Estos hechos demostrativos y convincentes que aseveran la inmunidad de estos rumiantes respecto de la sífilis y el tubérculo ¿no son suficientes por sí solos para inclinar el platillo de la balanza del lado de la especie *caprina* en nuestras prácticas de vacunación? Los médicos vacunadores no siempre tienen á su disposición niños vacuníferos, y repetidas veces la propaganda de la vacuna sufre grandes retrasos debido á esto y á expensas de la generalidad. En los pueblos de los departamentos se hace notar en mayor grado, ya porque es muy reducido el número de individuos que se someten á la vacunación, ya porque los vacunados se muestran reacios á poner su fluido al servicio de los demás, por motivos de egoísmo ó por temores que les inspira el contagio de ciertas enfermedades.

En la cabra encontramos, pues, un medio sencillo para llevar adelante la profilaxia contra la viruela. Aprovechemos los adelantos que la medicina realiza bajo sus banderas; reconozcamos las ventajas de estas pécoras en la vacunación y demos carta ejecutoria á los triunfos que la constancia y el talento vienen alcanzando.

RAFAEL E. CHAVÉS.

San Salvador, 1892.

BALADA DE LA MOSCA.

—Yo soy la mosca azul: la primavera
Pintó mis alas de color de cielo;
Nacida en un rosal de la ribera,
Una tarde de abril tendí mi vuelo.

Vengo toda impregnada de perfume
De la flor que en el valle se consume,
Y de la suave brisa que murmura,
Refresca la pradera que se abrasa
Y después va á ocultarse en la espesura.
—Pasa! pasa!

* * *

—Yo soy la mosca verde: los ardores
Del estío que quema me engendraron;
Mi ser lo formó el pólen que las flores
Al céfiro fogaz abandonaron.

Soy el insecto del amor fecundo
Que eternamente vivifica el mundo.
De la pasión la savia quemadora,
Cuando me acerco, al corazón afluye.
Yo de la vida soy generadora.
—Huye!... Huye!

* * *

—Yo soy la mosca negra: dióme vida
La descomposición de un organismo,
Y con una atracción desconocida
Me atrae de la muerte el hondo abismo.

Soy insecto fatídico que zumba
En las fauces abiertas de la tumba.
Voy del anfiteatro al cementerio,
Do gusano roedor se multiplica.
Yo te daré la muerte entre el misterio.
—Pica!... Pica!

MANUEL PUGA Y ACAL.

FUNESTO VICIO.

El lujo es un cáncer que necesita un remedio activo, es una costumbre que va tomando el carácter de un vicio, que trae terribles consecuencias; porque el roce del terciopelo y la seda y el brillo del oro y los brillantes, no sólo ofuscan la mente, sino que matan el sentimiento.

Parecerán exageradas mis palabras; pero yo me fundo en la evidencia para espresarme así.

Hoy por hoy, el joven que no

tenga un capital no puede pensar en casarse, aunque el corazón y la honradez le sobren; porque es la costumbre establecida, que el novio gaste lo menos cuatro ó cinco mil duros en regalos para la desposada. Fatal costumbre que expone á la mujer á pasar los mejores años de su vida jugando amores y esperando que el hombre que ama, reúna el capital conque debe comprarla. Si esa costumbre establecida por el lujo y aceptada por las personas de mejor criterio no es una locura, si no coloca á la mujer en una pendiente resbaladiza, que venga Dios y lo diga.

Yo afirmo que la juventud, esa primavera de la vida, esa edad de gracias y de encantos es el mejor adorno de la mujer modesta, y que ese ángel de la tierra que alumbró el mundo con la poética luz de su mirada, que embalsama la atmósfera con el aliento de su boca y alivia con la dulzura de su acento las congojas del alma, no tiene necesidad de adornos para ser más bella; pero si esa niña se presenta en un baile sin llevar diamantes en el cuello, si no va vestida de seda y haciéndose aire con un lujoso abanico, ya tiene encima la burla de sus amigas que, después de besarla, la critican sin compasión.

Esto es horrible, pero sucede: porque para las jóvenes que rinden culto á la moda, el lujo es lo primero. Por eso sacrifican á sus padres, exigiendo á los autores de sus días adornos de gran valor, sin pensar que tales exigencias pueden sumir en la miseria y dar la muerte, al ser más digno de su respeto y amor.

Dos jóvenes pretenden la mano de una señorita. El uno es tonto, superficial, afeminado y calavera; no puede ni sostener una conversación, porque siendo rico, le parece una necedad eso de gastar el tiempo en instruirse; tiempo pre-

cioso que puede ocupar en darse la gran vida, en gozar los placeres que proporciona el dinero, y muchas veces, en cometer infamias, que oculta el esplendor del oro. El otro es inteligente, trabajador, honrado y puede hacer venturosa á la mujer que elige por compañera, porque la ama verdaderamente, como hombre de corazón noble y de proverbial honradez; pero este joven apreciable en todos conceptos, que tiene abiertas las puertas del porvenir, no se fija en superficialidades y va siempre vestido con sencillez decente, sin lujo y sin afectación: el calavera es espléndido; porque adorna la pechera de su camisa con gruesos brillantes; porque su traje es de paño finísimo, sus zapatos bajos de charol y sus medias de seda, y la elección no es dudosa; porque la modestia con que se viste el joven honrado le hace despreciable á los ojos de la bella pretendida que, viendo en el tenorio la realización de sus doradas ilusiones, se casa con él; por más que sus calaveradas puedan hundirla en la desgracia. Lo que hace esta joven lo hacen muchas; y esto me hace creer, que la inclinación al lujo ofusca la mente y pervierte el corazón.

La joven que comienza por sacrificar á su padre pidiéndole joyas y trajes de gran precio; la que sigue por buscar en el hombre que elija por esposo, dinero conque pueda vestirla como una reina, la que haciendo caso omiso de la simpatía, de la honradez y demás dotes personales de un joven digno, vende su corazón y concluye por desesperar al marido, exigiéndole un lujo deslumbrador, dentro y fuera de casa, la mujer que exige tan grandes sacrificios, no ama, no tiene sentimientos, y si los tiene, deja que su desenfadada inclinación al lujo les mate; dejando en

su lugar, el amor propio, la vanidad y el repugnante egoísmo. Y cuando esa mujer tenga un hijo, le alejará de su lado para que no le aje el vestido, y el inocente niño prodigará sus tiernas caricias á la nodriza que le amamanta; en tanto que, la mujer sin corazón á quien debe la vida, arrastra sobre alfombras su rico traje de terciopelo ó se mira extasiada en una lujosa luna de Venecia. Ah! ¡esa mujer es un aborto de la naturaleza, y su castigo será terrible, cuando busque en sus hijos la ternura que no tuvo para ellos, y sólo encuentre el desamor que supo sembrar en sus corazones.

Desengañémonos; la misión de la mujer sobre la tierra es sublime; y el lujo será un escollo que no la deje llegar al puesto elevado á que Dios la destina.

Virgen, esposa y madre; son los títulos que hacen eminente á la mujer, pero si la virgen, en vez de adornarse con prendas morales, fija su atención en las exigencias de la moda y solamente habla de trajes y joyas, se hace superficial, se empequeñece y como rueda una avalancha, puede rodar hasta perderse en un abismo sin fondo.

Si la esposa, en vez de fijarse en los deberes de su estado, que son por cierto, harto difíciles, sólo piensa en vestidos, en lujosas carretelas, en trenes de criados, en bailes, en brillantes y en abonos de teatro, se hará odiosa y repugnante, fastidiará á su marido; y concluirá por dar al traste con su matrimonio.

Si la madre no se olvida de sí misma, si no piensa que no tiene más mundo que su hogar, si no hace economías, si quiere una criada para cada oficio, si derrocha en superfluidades el patrimonio de la familia y solamente se ocupa en adornarse con objetos de lujo, no es la mujer angel, que al mecer la

cuna de su hijo, se extasía pensando en formar el porvenir de aquel trozo de sus entrañas; es por el contrario, la mujer sin conciencia, que, embriagándose en los efímeros goces de la vanidad, no siente los dulces arrobamientos del amor más puro, ni puede sembrar la semilla del bien en el corazón de su hijo.

En la época presente se encomia la unión y la fraternidad; pero la fraternidad y la unión no son más que hermosos temas; porque el lujo, que es la más poderosa de las aristocracias, forma círculos diferentes, levanta entre ellos muros inespugnables que solo pueden escalar las riquezas, engendra pasiones malas, hace que la vanidad de unos provoque el odio y la envidia de los otros; rompe los vínculos de la amistad y el parentesco; y semejante á la úlcera cancerosa que hace pedazos los miembros del cuerpo humano, el lujo hace girones el cuerpo social, y en vez de unir separa; porque el lujo de los ricos y la modestia de los pobres son incompatibles; cuando solo se aprecia la superficie y no se sondea el fondo.

Donde el lujo sienta sus reales, la caridad huye cubriéndose el rostro, se abren mares de llanto que nadie enjuga; porque donde no bate sus alas el angel de la caridad cristiana, no hay consuelos para el desgraciado, ¿qué importa al que recorre las calles arrellenado en los muelles almohadones de una lujosa carretela, que el huérfano infeliz espere de hambre en las gradas de una puerta, donde llamó en vano, pidiendo una limosna por amor de Dios?

Los males que el funesto vicio del lujo causa, son incalculables; por eso yo, pobre mujer ignorante, cuya débil voz se pierde en el vacío sin levantar eco en los corazones, suplico á los hombres de cien-

cia que estudien nuestra situación actual; y que apliquen un remedio activo, á esa úlcera cancerosa que se llama lujo.

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.
Guatemala, marzo 28 de 1892.

A NÉLEA.

Ya de mis labios escuchaste un día las frases de ternura y sentimiento, que dicta el corazón en su agonía y repite á su vez mi humilde acento.

* * *

Nélea querida! si á tu oído llega el grito de mi amor, que no haya enojos, no desoigas al alma que se entrega á vivir presa de tus lindos ojos.

* * *

Mira mi frente oscurecida y triste; Ay! así mi esperanza está de mustia. Ya no tengo valor, . . . pues sólo existe dentro mi pecho inconsolable angustia...

* * *

Inconsolable? No! que en mi desvelo aun puedo ser feliz, gozar del mundo, si tú respondes á mi amante anhelo con la promesa de un amor profundo!

1888.

M. MEEL.

CARLOS GIL.

I

Nunca hubiera podido creer que el último vapor trajera para mí noticia tan aciaga: ¡Carlos Gil ha muerto!

Es sobrenaturalmente extraño, incomprendible, que el día en que muere lejos de nosotros una persona á quien amamos mucho, cuyo recuerdo palpita en cada uno de los latidos de nuestro corazón, este corazón no sufra un golpe terrible que sea el aviso de que se nos piden lágrimas para regar una tumba. ¡Quién me hubiera dicho que la misma noche en que Carlos des-

aparecía de la escena del mundo, pronunciando mi nombre para decirme su último adiós, iba yo á desternillarme de risa mientras aplaudía las chistosas escenas de un sainete!

¡El que, al oírme decir en otro tiempo que el manantial del llanto se había secado en mí, exclamaba con amarga sencillez: "Llorarás cuando yo muera; ya lo he soñado"!

Quizás mientras su cuerpo se estremecía al sentir el abrazo de la muerte, en ese mismo instante, yo reía. ¡Yo, que hubiera dado mi sangre para que él viviera!

Mercedes, su pobre hermana, me ha escrito unos pocos renglones:

"Su amigo nos ha abandonado; el nombre de V. y un adiós fue lo último que pronunció. Deliraba, y preguntaba á cada momento si ya V. había llegado. Cuatro días antes de abandonarnos escribí una carta para V., la que dejó cerrada: así se la envió; ¿me contará lo que le dice en ella? Lo quería á V. más que á mí; por eso creo que ningunas oraciones le serán más gratas que las tuyas: encomiéndelo mucho á Dios. Después le escribiré largamente." La carta del pobre Carlos está escrita con mano temblorosa: se nota en los caracteres, que suben ó bajan de la línea trazada sobre el papel: hay muchas palabras casi ilegibles, y que otro que no fuera yo no podría descifrar. La mano de mi amigo, habilísima para toda labor de caligrafía ó de dibujo, se negaba ya, temblando, á cumplir sus más rudimentarias funciones.

Leed lo que me dice:

"Amigo mío: Parece que al fin se acaba esto. He estado muy mal. Te escribo en un momento "de mejoría," como dice el médico: esto de la "mejoría" me ha hecho reír; el buen hombre piensa que yo viviré semanas enteras, meses, años: quizá tenga interés en ello. No

quiero despedirme á la francesa, por eso te escribo; á nadie más le pido órdenes. Muchos de los discípulos míos y tuyos han venido á verme: con todos he hablado de ti: se ponen de muy buen humor cuando consideran que ya eres todo un señor papá que en las noches se queda en casa leyendo al amor de la lumbre ó enseñando al retoño á que cabalgue en las rodillas paternas. D** te quiere mucho. La otra tarde recordó unos versos que tú le habías hecho para que con ellos se declarara á la hija del Superintendente V**, versos que él envió como circular á media docena de pollas, y que produjeron unánime éxito. Estuvimos un rato tras las vidrieras del balcón arrojando piedrecitas á las muchachas que llegaban—nuevas Rebecas—á llenar sus cántaros en la fuente de la esquina. ¿Te acuerdas de cuando tú tomabas parte en este tiro al blanco?

Pero, amigo mío, ya ves, al pensar en ti me olvido de mí. Yo, que ya huelo á difunto, que ya "siento las margaritas que crecen sobre mi cuerpo," me pongo á vivir la vida más lozana: la de los recuerdos de esa época efloriente que hincha el seno de las vírgenes y modela los contornos humanos que copiados por Fidas se convertían en contornos de las diosas griegas. ¡Qué lejos estoy de los días aquellos en que la vida se sale por todos nuestros poros, en que todos los jugos son sangre y toda la sangre es amor! Mucho ha de sufrir—yo lo creo—el árbol seco que en medio del bosque exuberante siente desgarrarse cada día una de sus ramas; ramas que en otro tiempo se vestían de hermosas hojas verdes, se engalanaban con flores primorosas y se coronaban con el oro de sus frutos: donde las tórtolas enamoradas se daban su primer beso y adormían con arrullos á sus pichones primo-

génitos. Mucho ha de sufrir ese árbol cuando en sus ramas sin corteza siente posarse, en las noches lúgubres, el buho graznador que descansa en él como lo hiciera en el brazo de la cruz solitaria que muestra en los cementerios dónde yace un muerto.

Ese árbol soy yo: yo, que cada día muero un poco; yo, que ya he sentido al buho apagar su vuelo sobre la cruz de mi sepultura. ¡Si tú supieras cuán desgarrador es esto! Cuando pienso que en 1885 opuse mi pecho al plomo que se descargaba contra los sostenedores de la Constitución más liberal del mundo, y que en esos días hubiera podido caer con gloria y sin vida al escalar una trinchera, entonces me ahogo de indignación contra mí mismo: ¡ni siquiera he sabido morir!

Nunca he deseado para mí el bien ajeno, y, sin embargo, ¡cuánto envidio cada instante á esas criaturas afortunadas que mueren sin nacer, ó cuya vida se contó por horas!

En fin, ya hoy no debo quejarme; sería una injusticia y me mostraría ingrato. Por fin he logrado seducir á la muerte,—única dama á quien he seducido: ya me llama con señas amorosas y me tira besos. ¡Qué ciertas son las palabras del gran Leopardi: "sólo la muerte tiene piedad de los sufrimientos humanos!"

Había pensado escribirte una carta ligera, alegre, jovial; no quería dejarte como última impresión la amargura de una queja; pero ya ves, es mentira que el cisne cante cuando se aproxima su hora postrera: siempre grazna, y el graznido no es canto.

Alguna vez habrás de volver á esta tierra que tanto has querido. Es imposible que no vuelvas. Muchas veces he soñado que iba yo hasta el puente del Cauca á darte,

llo de emoción, el abrazo de bienvenida, como en otros días, cuando regresabas á ésta después de vacaciones. ¡Cuánto hubiera querido verte! Yo creo que si pudiera hoy hablar contigo, me absorbería tanto en tí, que la muerte, enternecida, me daría una larga antesala, por muchos meses, antes de recibirme para siempre en su fúnebre mansión. Cuando vengas aquí visitarás á todos tus amigos, que mucho te aprecian; no olvides—oh! sé que no lo olvidarás—hacer también una visita al que más te ha querido: allí á donde tu propio corazón te guíe, sobre alguna humilde cruz, en la que talvez enrede alguna planta silvestre, pon una corona de siemprevivas y vierte una lágrima.

Si ves alguna flor que abre alegre su corola sobre mi cruz, y que esparce en torno “el incienso sagrado de su perfume.” cógela y guárdala en tu cartera: talvez la planta á que pertenece echó sus primeras raíces en mi corazón: si así hubiere sido, la flor podrá marchitarse, pero su aroma no se disipará nunca: es el aroma de mi cariño, la esencia inmortal de mi amistad.”

Tal es la carta de mi pobre amigo. Sí; yo iré algún día á esa tierra con la que tanto sueño, de la que guardo los recuerdos más dulces; donde mi juventud desplegó por la primera vez sus alas, ay! para volver á plegarlas bien pronto y para siempre!

Sí, amigo mío, yo iré algún día á visitarte al jardín donde reposas; contigo fui allá la primera vez: tú me encaminabas por los largos senderos, flanqueados de cipreses y de sauces: tú me hacías hollar los clavos y las margaritas que allí crecen silvestres, para conducirme á algún mausoleo, levantado en el lugar donde un hombre ilustre dormía su último sueño: juntos he-

mos leído las piadosas inscripciones grabadas en el mármol de las lápidas, y juntos hemos ascendido por la escalera en espiral que sube hasta el blanco campanario de la preciosa iglesia del campo-santo. Esa tarde—bien lo recuerdo—fue la primera vez que pude observar la nevada mole del Puracé: tú me mostraste, entusiasmado, el viejo volcán que inspiró estrofas inmortales al cantor de Pubenza y Gonzalo de Oyón, y yo — ¡es claro! — recité, sin pensarlo, unas cuantas octavas del gran poema.

Oh! amigo mío!, desde aquí he consagrado á tu recuerdo las lágrimas que me pides para tu sepultura; he hecho más: he mezclado á ellas las oraciones que para ti me pide tu desvalida hermana. Al pensar que ya no existes, he vuelto á creer. Sin saber cuándo, al acordarme de tí me he acordado de Dios.

F. A. GAMBOA.

San Salvador, 1892.

DE M. QUÉNU.

Las grandes mejoras que en el servicio de Cirujía del Hospital Cochín ha obtenido en estos últimos 10 meses el laborioso facultativo M. Quénu, reduciendo la mortalidad de sus operados á un número considerablemente reducido, debido á la disposición y limpieza de las salas de operaciones y de operados, me impelen á traducir para “La Juventud Salvadoreña” los principales párrafos de un escrito del mencionado cirujano, en que expone sus ideas relativas á la instalación de un servicio quirúrgico modelo, ins-

pirándose en las que antes ha emitido el Dr. Terrier en una carta dirigida al Director general de la Asistencia pública.

M. Quénu ha conseguido introducir ya mejoras en el sentido de ese sistema en su servicio, y gracias á esas mejoras los resultados han sido como sigue: durante los últimos diez meses han sucumbido solamente tres de sus operados, y esto por hallarse en condiciones en extremo desfavorables; el primero, á quien practicó una toracoplastia, murió en la tercera semana con un absceso de los ventrículos cerebrales, del cual presentaba algunos signos en el momento de la operación. El segundo era un niño de doce años, quien á consecuencia de una cox de caballo tenía una gran depresión del temporal y abertura del seno lateral. Levantado que fué el hueso, única intervención posible, la muerte sobrevino por meningo-ensefalitis.

Al último hizo la estirpación de un sarcoma de las fosas nasales, y si sucumbió fué de accidentes cerebrales porque había sido infectado antes el tumor por una incisión practicada sin limpieza por otro cirujano.

M. Quénu cree que tan buenos resultados son debidos en gran parte á la separación completa de los enfermos infectados de los no infectados.

M. Quénu dice literalmente así: "Nuestro servicio se compondrá, pues, de 3 pequeñas salas, una en el centro llamada de

espectación, una á la derecha de la precedente, sala de los *acépticos*, operados ó por operar, y una á la izquierda, sala de los *sépticos*: la primera es de 10 lechos, la segunda de 14 y la tercera de 12. Importa naturalmente que cada una de estas salas tenga su autonomía propia; vamos sucesivamente á dar una descripción suscita.

"La sala mediana, llamada de *espectación*, está precedida de una pequeña construcción que contiene, á izquierda de la entrada, el gabinete del cirujano; á la derecha una sala para la recepción y una primera desinfección sumaria de los enfermos. A esta sala están anexos un vestuario para los discípulos del servicio, una sala de baños, un refectorio y, en fin, una pequeña sala de operaciones de urgencia, por lo cual está siempre calentada por la estufa que calienta el pasillo. Los orinaderos, los compartimientos de ropa sucia y de carbón, están colocados en la extremidad del pabellón con salidas especiales.

"En la sala de recepción serán desembarazados los enfermos de sus propios vestidos y éstos enviados á la estufa desde luego y después á un vestuario especial, anexo á los comunes.

"El pabellón de los sépticos contiene, además de los 12 lechos, dos alcobas de aislamiento para los delirantes, los alcohólicos en estado de excitación, etc., una cámara de baños, un pequeño comedor y, en fin, una pequeña sala de operaciones pa-

ra las aberturas de abcesos, incisiones de flemones difusos, etc., que se pueda tener interés en practicar fuera de la sala común.

“El tercer pabellón está destinado á los enfermos operados asépticos, ó á los que, bien aseados, deben sufrir una operación; comprende una sala de aislamiento, una sala de baños, una pequeña ropería y, en fin, un pequeño pabellón, comprendiendo la sala de operaciones y sus anexos. Pido excusas para detenerme un instante sobre este último punto.

“Si se visitan la mayor parte de las salas de operaciones en nuestros hospitales, en las casas de salud y en los dispensarios, se puede notar que estas salas están llenas de una multitud de muebles y de aparatos: contienen vitrinas, calentadores de ropa, estufas diversas, aparatos de irrigación, de agua fría y caliente; sus paredes están recorridas en todas direcciones de tubos de diversos calibres; lo que podía llamarse en la historia de la instalación de las salas de operaciones, la faz de la tubería.

No es esta la concepción que yo tengo de un pabellón de operaciones. A mi juicio, una sala de operaciones no debe encerrar nada más que la mesa de operaciones: proscribiré también las mesas fijas; las mesas rodantes, llevadas en el momento de las sesiones operatorias, son preferibles; éstas habrán sido preparadas en una cámara vecina (sala de los aparatos) que, co-

mo su nombre lo indica, está destinada á recibir todo el material instrumental y los bocalles de curaciones. Yo instalaré en esta anexa de la sala de operaciones:

“1º La vitrina de los instrumentos; 2º las curaciones; 3º las estufas en número de tres: una para los instrumentos, una para las curaciones y una autoclave para esterilizar las compresas; 4º un aparato para producir agua destilada esterilizada; 5º un aparato para suministrar agua caliente; 6º un calentador-ropa; 7º un pulverizador calentado por gas y montado sobre ruedas; 8º en fin, lavatorios. De esta manera la existencia de una sala de aparatos nos permite reducir á una mesa el mobiliario de una sala de operaciones. Si se usa un lecho rodante, éste podrá, aun fuera de las sesiones, ser transportado y limpiado en otra parte. Si no, yo daría la preferencia al lecho nikelado de Mathieu (este lecho que Mathieu ha querido hacer bajo mis indicaciones, puede adaptarse á todas las operaciones ginecológicas y tomar todas las inclinaciones posibles), ó á la mesa de Julliard, de la cual me sirvo desde hace dos años en el dispensario Pereira. A pesar de esta simplificación la instalación de una sala de operaciones ideal no deja de presentar dificultades. Estas son relativas al calentamiento, al alumbrado y á la limpieza.”

Pasando en silencio lo relativo al calentamiento, de princi-

pal importancia para estos países templados y fríos, continuaré con lo que dice sobre el alumbrado y limpieza.

“El alumbrado comprende el natural y el artificial: el primero para ser perfecto, debe venir de arriba; la vidriera debe estar orientada de manera que el sol no penetre en la mañana; es bueno disponer además, de un alumbrado lateral dado por una ventana, ó de una gran abertura cerrada con vidrios.

“El alumbrado artificial por excelencia es el que da la luz eléctrica; si yo pudiese instalar este modo de alumbrado (y éste podría aun aplicarse al gas), dispondría mis lámparas en el plafond, de manera que estuvieran completamente separadas de la sala por una vidriera; así los productos de la combustión, si se trata de gas, se escaparían afuera y el aparato de alumbrado no sería lo que es hoy, un receptáculo de polvo.

“El lavado se facilita verdaderamente con todo lo que acabo de exponer. Para ser perfecto debe comprender un lavado fácil del plafond, del suelo y de las paredes. El plafond y las paredes serán untados de una sustancia que se preste á estas irrigaciones; el suelo de cemento presentará una pendiente que conduzca las aguas á un desagüe conveniente (es decir fácil de lavar), provisto de un sifón aislador y habitualmente cerrado. El lavado del aire será realzado por un pulverizador á vapor, vaporizando agua cargada ó no de anticép-

ticos, no funcionando más que antes de las operaciones y destinada á condensar y precipitar el polvo de la atmósfera. Esta práctica es seguida por nosotros, en nuestro dispensario, desde hace cinco años.

“En fin, me parece aun indispensable agregar á una sala de operaciones una cámara de cloroformización.

“Se sabe que gran número de accidentes debidos á la cloroformización se producen en las primeras inspiraciones, y son imputables, al menos en parte, á la emoción violenta, experimentada por los sujetos impresionables. No solo la humanidad manda evitar, á los enfermos que van á sufrir una operación, la vista de todos estos utensilios susceptibles de conmover su imaginación y aterrorizarlos, sino que además sabemos también que los enfermos se duermen mucho más luego y mejor, cuando no tienen en derredor de sí más que la persona que los duerme, que no oyen ni las conversaciones de los asistentes, ni el ruido de los preparativos, ni las idas y venidas continuas é indispensables de un servicio frecuentado; la creación de una cámara de cloroformización en donde no serían admitidos más que el cloroformizador, un ayudante y la celadora ó celador, evitará todos estos inconvenientes; la puerta de esta cámara será por su puesto suficiente para dejar libremente pasar la cama rodante donde el paciente está sometido á la anestesia. Nos

otros hemos utilizado el espacio que nos quedaba del lado de la cámara de la anestesia, para hacer allí, por una parte, una segunda cámara de aislamiento, por otra parte, una pequeña cámara, para las reservas de soluciones y de curaciones. Inútil es añadir que estas dos últimas piezas no tienen ningún acceso á la sala donde se verifica el acto operatorio."

Tales son las condiciones que á juicio del Dr. Quénu debe tener un servicio de cirugía para acercarse á la perfección, y á fuerza de empeño ha conseguido ya realizar en gran parte y con magnífico resultado, esas reformas.

Siguiendo estas ideas la sala de Chassaignac no contiene más que los enfermos ya operados, los que están para operar, convenientemente desinfectados, y en alguno que otro vacío que queda en la sala se colocan los que padecen de fracturas cerradas y otros semejantes. En la sala de los infectados hay un interno, dos externos y enfermeros especiales que no toman parte en las operaciones; estos últimos tienen orden expresa de no penetrar jamás en la otra sala. Para esta sala de los infectados dispone M. Quénu de instrumentos propios; pasa por último la visita de esta sala y procura no ejecutar personalmente las pequeñas operaciones de aquí, limitándose á ordenar al interno que las haga en su presencia.

Tan interesantes mejoras introducidas en la Cirujía, me

parecen de gran utilidad para ser conocidas en mi país, donde con tanto empeño se están haciendo progresar las ciencias humanitarias y donde tan alto grado de perfección ha adquirido la Cirujía en la época presente.

RUBÉN RIVERA.

París, noviembre de 1892.

MISCELANEA.

"La Juventud Salvadoreña" ha tardado algo en visitar á sus lectores y colegas, debido al excesivo trabajo ocurrido últimamente en la Tipografía en que ella es editada. Pero de nuevo les prometo, procurar en lo sucesivo visitarles con todo el esmero y puntualidad posibles. Aprovechando la ocasión de esta disculpa, vuelve á ofrecer sus humildes columnas á todos los cultivadores de la ciencia y de la literatura, que quieran honrarla con su importante colaboración.

Recepción.—En el lugar correspondiente de este número, publicamos los discursos pronunciados por los señores doctores don Francisco Martínez Suárez y don Abraham Chavarría, en el acto de la Recepción del primero como Socio Activo de "La Juventud Salvadoreña". El acto se efectuó el día 3 de abril, en el salón principal de la Universidad Nacional, bajo la presidencia del señor Ministro de Instrucción Pública Dr. don Esteban Castro, y ante una numerosa y selecta concurrencia. El mérito, tanto científico como literario de ambas piezas, hacen innecesario encomio alguno de nuestra parte sobre las mismas; quedándonos la grata seguridad de que el público sabrá hacer de ellas todo el alto aprecio que justamente merecen.

Por lo demás, felicitámonos unánimemente de la importante adquisición que nuestra Sociedad acaba de hacer, con la incorporación de caballero tan inteligente, ilustrado y laborioso como el Dr. Martínez Suárez.